



COMENTARIO

Lo hemos dicho antes de ahora: la frivolidad reinaba en España. Y reinaba también en los espíritus de los españoles. Y la frivolidad, a la tremenda presión de la tragedia mundial, que es la lucha entre las democracias y el despotismo, ha parido la confusión caótica. Y lo que hoy reina en España y en los espíritus de los españoles es la confusión caótica.

Y este caos confuso se refleja en el lenguaje mismo. Hay tinieblas sobre el haz del ateísmo, pero el Espíritu de Dios no se mueve sobre el haz de las aguas. Ni resplandece el Verbo. Las palabras han salido de quicio. Pasábamos por oscuros los escritores más claros, los que mejor sabemos lo que decimos, los que no damos a cada vocablo más que un solo y mismo sentido siempre.

Entre los nombres que más confundidamente se emplea está el de «Ejército». Parece que se olvida lo que debe querer decir esa denominación.

La Iglesia—la católica, apostólica, romana—es, según nuestro clásico P. Astete, «la congregación de los fieles cristianos, cuya cabeza es el Papa». La Iglesia no es el clero, y el clericalismo es una enfermedad de la Iglesia. La sociedad política o civil es la congregación de los ciudadanos todos cuya cabeza es legalmente hoy en España el Rey. La sociedad política no son los políticos ni los funcionarios públicos, y el politicismo y el funcionarismo son enfermedades de la sociedad civil. El Ejército es, desde que se implantó el servicio militar obligatorio, el pueblo, todo el pueblo en armas. El Ejército no es la oficialidad técnica que lo dirige, no son los profesionales de la milicia, y el militarismo es una enfermedad del Ejército. Y la voluntad del ejército, del pueblo armado, no puede ser más que la voluntad nacional, la del pueblo mismo. Y no puede ser órgano de esta voluntad la oficialidad técnica a su servicio.

De donde se deduce que pretender emplear a la parte armada del pueblo contra la parte inermes es provocar la guerra civil. Y ni un supuesto, ordinariamente ficticio, de alteración del orden—¿de qué orden?—lo justifica siempre.

¿Y qué diremos de emplear al pueblo armado para otros menesteres que los de la defensa del orden? De esquirols, por ejemplo. Lo que no es mero supuesto, pues en esta ciudad de Salamanca a un industrial, dueño de una imprenta, y troglodítico él, se le ha antojado despedir a dos tipógrafos por pertenecer a la Federación obrera, Sociedad legal y legítimamente constituida, y las autoridades le han procurado dos esquirols, haciendo que vayan a trabajar a su imprenta un empleado en la Oficina de

montes, a quien para ello se le dispensa, cuando urge, de servicio, pero no de sueldo, y un soldado de la guardiación, tipógrafos ambos de oficio.

Pero volviendo a nuestro tema de la caótica confusión de especies no ha faltado quien con lamentable desconocimiento de lo que está pasando hoy en el mundo ha comparado nuestra ya famosísima Junta de defensa con el Soviet ruso. Sin reparar que el Soviet, especie de Convención, está formado de obreros y de soldados; pero de soldados rasos y no de oficiales, no de militares de profesión y carreras vitalicias. El Soviet ha reemplazado un organismo destructor y disolvente; pero no se parece en nada a la Junta de defensa de aquí. Tiene otro espíritu, bueno o malo, mejor o peor, pero otro que lo de aquí.

Mucho más parecido hallamos en esta Junta o UNION y el Comité de Unión y Progreso, que pretendió regenerar el moribundo Imperio otomano. Acaso la diferencia esté en que los jóvenes turcos eran musulmanes, mahometanos, y nuestros nuevos españoles—llamémosles así—, éstos que dicen querer renovar a España, son—lo creemos—cristianos católicos.

Los jóvenes turcos, los del Comité Unión y Progreso, eran en su mayoría jóvenes oficiales del Ejército turco, militares musulmanes, educados en Alemania y, por lo tanto, germanófilos. Y como musulmanes germanizados, fieramente cristóforos o antirristianos. La unión y el progreso, bajo las doctrinas del materialismo teutónico y el culto a la eficacia—con desprecio de la ética y la justicia—se señalaron por la científica sistematización de las matanzas de armenios.

Ignoramos qué sentido internacional tiene la UNION de los oficiales españoles, que dicen proponerse contribuir a la renovación moral de España, y hasta ignoramos si tiene sentido alguno internacional. Ignoramos si esa UNION es neutralista o es intervencionista, y en caso de ser esto último en qué sentido lo es. Ignoramos si se propone poner el veto a cualquier resolución de la voluntad, o de la necesidad nacional que no encajara en su sentido internacional, si es que tiene alguno.

Se ha dicho que en algún bando de los publicados durante la huelga de agosto se decía, para condenarla, que era su objeto llevar a España a la intervención en la guerra. No era así, no lo era; mas aunque lo hubiese sido no es oficio propio del que dirige al pueblo armado meterse a dirimir con la fuerza el debate de opinión pública, de voluntad nacional, de si ha de intervenir o no la nación en esa gue-

rra. Este debate se resuelve de otro modo, por otros medios y en otro lugar. La voluntad nacional y civil española podrá querer o no querer intervenir en la guerra, o intervenir de un modo o de otro, directa o indirectamente, con armas o sin ellas, o abstenerse de toda intervención y guardar una beatífica neutralidad; pero en todo caso, eso no debe resolverse a tiros en las calles. Eso debió debatirse amplia y libremente, amplísima y libérrimamente en el Parlamento, en vez de cerrar éste para no dar cuenta de las notas con que se debió haber respondido a las notas que debió haber enviado España. Porque de esto ya no se habla. Y cada uno de nosotros podrá pensar en ello como quiera—yo, por ejemplo, discrepo a tal respecto «ex toto diametro» de los que redactan este diario—; pero es asunto que debe ser público y del que se debe hablar con toda claridad. Que en esto, y no en callarse, consiste el patriotismo.

Y decimos todo esto así, tan claro, porque en medio de este confuso caos que envuelve a la amodorrada frivolidad española, el más cegato ve claro que en todos los que parecen problemas de carácter puramente interior, nacional, está implícito, y aun explícito, el problema exterior, internacional. Y sería muy extraño que no lo estuviera también en el problema militar de la Junta de defensa.

¿Con qué cebo llevó el Gobierno Dato-Sánchez Guerra a los directores técnicos del pueblo armado a que reprimiesen, de una manera que hoy se ve cómo fué de desproporcionada, la huelga pacífica del pueblo inermes? ¿Con qué razones de pública conveniencia—a juicio de ese Gobierno: lo qué podría ser inconveniencia—movió a unos jueces a la fuerza a condenar lo que espíritus serenos estiman que no es ni siquiera una falta de que haya que entender en un Juzgado municipal? ¿Temores de qué empujaron al Poder público a proclamar delito lo que no es sino una manifestación de un deseo, aunque se manifeste tal deseo cruzándose de brazos?

Mas todo es inútil. Aunque queramos que lo de aquí, lo nuestro, lo nacional, lo español, no sea más que una modesta y casera y yagarbanzada renovación, lo que sopla y arde y truena por ahí fuera, por Europa, es una revolución, una revolución civil y democrática, y esta revolución europea arrastrará tras de sí a nuestra pobre y tímida renovación nacional.

¡Y ¡ay! de la Turquía de Occidente!

Miguel de Unamuno.

